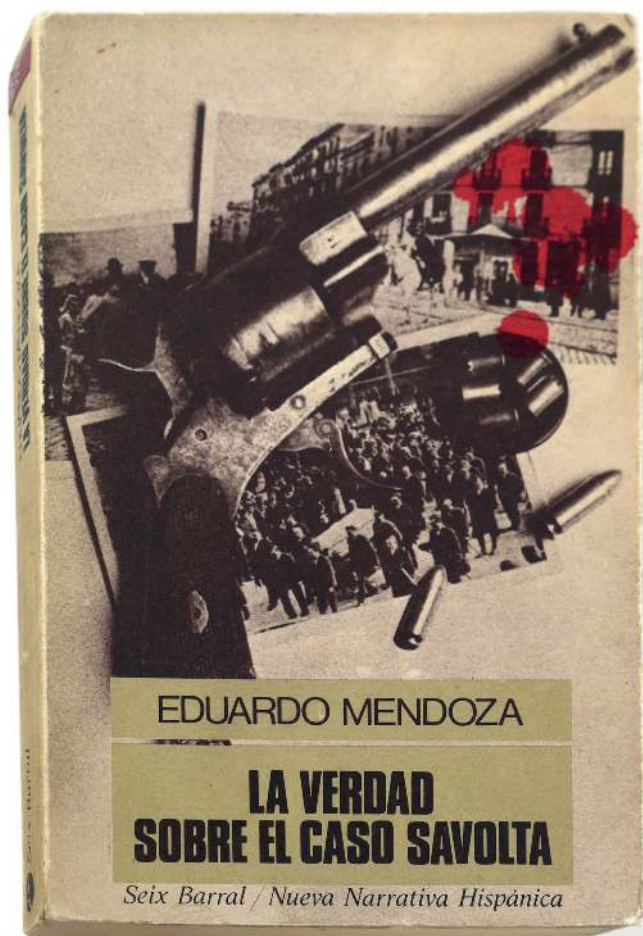


Seix Barral Biblioteca Breve

Edición conmemorativa.
40.º
aniversario
1975-2015

Eduardo Mendoza

Los soldados de Cataluña





Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Mendoza
Los soldados de Cataluña

© Eduardo Mendoza, 1975, 2015

«Una opinión sobre el caso Mendoza» © Herederos de Juan García Hortelano, 1976, 2015

«Algunas posibles verdades sobre *La verdad sobre el caso Savolta*» © Herederos de Manuel Vázquez Montalbán, 1992, 2015

«La perdurable estrella fugaz» © Félix de Azúa, 2003, 2015

«*La verdad sobre el caso Savolta* por Eduardo Mendoza» © Eduardo Mendoza, 2003, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 1975, 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-322-2421-8

Depósito legal: B. 5.619-2015

Composición: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A., Madrid

Printed in Spain - Impreso en España

El fragmento de la página 467 pertenece a la obra *Mundo Mendoza* (Seix Barral, 2006), de Llàtzer Moix.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los textos que aparecen en el apéndice final de este libro.

Documentación: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Archivo General de la Administración, Fondo Ministerio de Información y Turismo.

[IDD (03)050.000, caja 73/03405, exp. 9978-73 e IDD (03)050.000, caja 73/04785, exp. 4359-75.]

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

11	PRIMERA PARTE
13	I. Facsímil fotostático
69	II. Reproducción de las notas taquigráficas
82	III. María Rosa Savolta vacilaba
115	IV. Los recuerdos de aquella época
144	V. Había ido al cinematógrafo aquella noche
181	SEGUNDA PARTE
183	I. Eran las nueve y media de una noche
227	II. Abrí la puerta de la habitación
255	III. Lepprince estaba en lo cierto
286	IV. Nos casamos una mañana primaveral
315	V. Despunta el alba y el cielo limpio
345	VI. Pasó la primavera y el verano
357	VII. Apenas hacía dos horas que me había
375	VIII. El ronquido del motor cesó de repente
395	IX. Habían transcurrido cinco días
431	X. Durante quince días busqué trabajo
437	LO QUE DIJO LA CENSURA SOBRE <i>LOS SOLDADOS DE CATALUÑA EN 1973</i> Y SOBRE <i>LA VERDAD SOBRE EL CASO SAVOLTA EN 1975</i>
445	LO QUE SUCEDIÓ EN REALIDAD
447	Una opinión sobre el caso Mendoza

-
- 450 Algunas posibles verdades sobre *La verdad sobre el caso Savolta*
- 458 La perdurable estrella fugaz
- 463 *La verdad sobre el caso Savolta* por Eduardo Mendoza
- 467 Una anécdota

I

FACSIMIL FOTOSTÁTICO DEL ARTÍCULO APARECIDO EN EL PERIÓDICO *LA VOZ DE LA JUSTICIA* DE BARCELONA EL DÍA 6 DE OCTUBRE DE 1917, FIRMADO POR DOMINGO PAJARITO DE SOTO

Documento de prueba anexo n.º 1

*(Se adjunta traducción inglesa del intérprete jurado
Guzmán Hernández de Fenwick)*

El autor del presente artículo y de los que seguirán se ha impuesto la tarea de desvelar en forma concisa y asequible a las mentes sencillas de los trabajadores, aun los más iletrados, aquellos hechos que, por haber sido presentados al conocimiento del público en forma oscura y difusa, tras el *camouflage* de la retórica y la profusión de cifras más propias al entendimiento y comprensión del docto que del lector ávido de verdades claras y no de entresijos aritméticos, permanecen todavía ignorados de las masas trabajadoras que son, no obstante, sus víctimas más principales. Porque sólo cuando las verdades resplandezcan y los más iletrados tengan acceso a ellas, habremos alcanzado en España el lugar que nos corresponde en el concierto de las naciones civilizadas, a cuyo progreso y pondera-

do nivel nos han elevado las garantías constitucionales, la libertad de prensa y el sufragio universal. Y es en estos momentos en que nuestra querida patria emerge de las oscuras tinieblas medioevales y escala las arduas cimas del desarrollo moderno cuando se hacen intolerables a las buenas conciencias los métodos oscurantistas, abusivos y criminales que sumen a los ciudadanos en la desesperanza, el pavor y la vergüenza. Por ello no dejaré pasar la ocasión de denunciar con objetividad y desapasionamiento, pero con firmeza y verismo, la conducta incalificable y canallesca de cierto sector de nuestra industria; concretamente, de cierta empresa de renombre internacional que, lejos de ser semilla de los tiempos nuevos y colmena donde se forja el porvenir en el trabajo, el orden y la justicia, es tierra de cultivo para rufianes y caciques, los cuales, no contentos con explotar a los obreros por los medios más inhumanos e insólitos, rebajan su dignidad y los convierten en atemorizados títeres de sus caprichos tiránicos y feudales. Me refiero, por si alguien no lo ha descubierto aún, a los sucesos recientemente acaecidos en la fábrica Savolta, empresa cuyas actividades...

REPRODUCCIÓN DE LAS NOTAS TAQUIGRÁFICAS TOMADAS EN EL CURSO DE LA PRIMERA DECLARACIÓN PRESTADA POR JAVIER MIRANDA LUGARTE, EL 10 DE ENERO DE 1927 ANTE EL JUEZ F. W. DAVIDSON DEL TRIBUNAL DEL ESTADO DE NUEVA YORK POR MEDIACIÓN DEL INTÉRPRETE JURADO GUZMÁN HERNÁNDEZ DE FENWICK

(Folios 21 y siguientes del expediente)

JUEZ DAVIDSON. Dígame su nombre y profesión.
MR. MIRANDA. Javier Miranda, agente comercial.
J. D. Nacionalidad.

-
- M. Estadounidense.
- J. D. ¿Desde cuándo es usted ciudadano de los Estados Unidos de América?
- M. Desde el 8 de marzo de 1922.
- J. D. ¿Cuál era su nacionalidad anterior?
- M. Española de origen.
- J. D. ¿Cuándo y dónde nació usted?
- M. En Valladolid, España, el 9 de mayo de 1891.
- J. D. ¿Dónde ejerció usted sus actividades entre 1917 y 1919?
- M. En Barcelona, España.
- J. D. ¿Debo entender que vivía usted en Valladolid y se trasladaba diariamente a Barcelona, donde trabajaba?
- M. No.
- J. D. ¿Por qué no?
- M. Valladolid está a más de 700 kilómetros de Barcelona...
- J. D. Aclare usted este punto.
- M. ... aproximadamente 400 millas de distancia. Casi dos días de viaje.
- J. D. ¿Quiere decir que se trasladó a Barcelona?
- M. Sí.
- J. D. ¿Por qué?
- M. No encontraba trabajo en Valladolid.
- J. D. ¿Por qué no encontraba trabajo? ¿Acaso nadie le quería contratar?
- M. No. Había escasez de demanda en general.
- J. D. ¿Y en Barcelona?
- M. Las oportunidades eran mayores.
- J. D. ¿Qué clase de oportunidades?
- M. Sueldos más elevados y mayor facilidad de promoción.
- J. D. ¿Tenía trabajo cuando fue a Barcelona?
- M. No.
- J. D. Entonces, ¿cómo dice que había más oportunidades?
- M. Era sabido por todos.

-
- J. D. Explíquese.
- M. Barcelona era una ciudad de amplio desarrollo industrial y comercial. A diario llegaban personas de otros puntos en busca de trabajo. Al igual que sucede con Nueva York.
- J. D. ¿Qué pasa con Nueva York?
- M. A nadie le sorprende que alguien se traslade a Nueva York desde Vermont, por ejemplo, en busca de trabajo.
- J. D. ¿Por qué desde Vermont?
- M. Lo he dicho a título de ejemplo.
- J. D. ¿Debo asumir que la situación es similar en Vermont y en Valladolid?
- M. No lo sé. No conozco Vermont. Tal vez el ejemplo esté mal puesto.
- J. D. ¿Por qué lo ha mencionado?
- M. Es el primer nombre que me ha venido a la cabeza. Tal vez lo leí en un periódico esta misma mañana...
- J. D. ¿En un periódico?
- M. ... inadvertidamente.
- J. D. Sigo sin ver la relación.
- M. Ya he dicho que sin duda el ejemplo está mal puesto.
- J. D. ¿Desea que el nombre de Vermont no figure en su declaración?
- M. No, no. Me es indiferente.

—Pensábamos que no vendrías —dijo la señora de Savolta estrechando la mano del recién llegado y besando en ambas mejillas a la esposa de éste.

—Son manías de Neus —respondió el señor Claudeu señalando a su mujer—. En realidad, hace una hora que podríamos haber llegado, pero insistió en demorarnos para no ser los primeros. No le parece de buen tono, ¿eh?

—Pues, la verdad —dijo la señora de Savolta—, ya empezábamos a pensar que no vendrías.

—Al menos —dijo la señora de Claudedeu—, no habréis empezado a cenar.

—¿Empezado? —exclamó la señora de Savolta—. Hemos terminado hace un buen rato. Os quedaréis en ayunas.

—¡Menuda broma! —rió el señor Claudedeu—. De haberlo sabido, habríamos traído unos bocadillos.

—¡Unos bocadillos! —chilló la señora de Savolta—. Qué idea, Madre de Dios.

—Nicolás tiene ideas de bombero —sentenció la señora de Claudedeu bajando la vista.

—Oye, no será verdad eso de que habéis cenado, ¿eh? —inquirió el señor Claudedeu.

—Sí, es verdad, claro que sí, ¿qué os pensabais? Teníamos hambre y como que creímos que no vendríais... —dijo la señora de Savolta fingiendo una gran consternación, pero la risa le traicionó y acabó la última frase con un sofoco.

—No, si a fin de cuentas aún seremos los primeros en llegar —añadió la señora de Claudedeu.

—No tengas miedo, Neus —la tranquilizó la señora de Savolta—. Por lo menos hay doscientos invitados. Ni se cabe, créeme. ¿No oyes el escándalo que arman?

Efectivamente, a través de la puerta que comunicaba el vestíbulo con el salón principal se oían voces y música de violines. El vestíbulo, por el contrario, estaba desierto, silencioso y en penumbra. Sólo un criado de librea montaba guardia junto a la puerta que daba acceso a la casa desde el jardín, serio, rígido e inexpressivo como si no advirtiese la presencia de las tres personas que charlaban junto a él, sino la de un jefe invisible y volador. Recorría con la mirada los artesonados del techo y pensaba en sus cosas, o escuchaba la conversación con disimulo. Una doncella llegó muy azarada y tomó los abrigos de los recién llegados y el sombrero y el bastón del caballero, esquivando la mirada descarada y jocosa de éste, más atenta

a la inspección de su ama, que seguía sus movimientos con aparente indiferencia, pero alerta.

—Espero que no hayáis retrasado la cena por nuestra culpa —dijo la señora de Claudedeu.

—Ay, Neus —reconvino la señora de Savolta—, tú siempre tan mirada.

La puerta del salón se abrió y apareció en el hueco el señor Savolta, circundado de un halo de luz y trayendo consigo el griterío de la pieza contigua.

—¡Mira quién ha llegado! —exclamó, y añadió en tono de reproche—: Ya pensábamos que no vendríais.

—Tu mujer nos lo acaba de decir —apuntó el señor Claudedeu—, y nos ha dado un buen susto, además, ¿eh?

—Todos andan preguntando por ti. Una fiesta sin Claudedeu es como una comida sin vino —se dirigió a la señora de Claudedeu—. ¿Qué tal, Neus? —y besó respetuoso la mano de la dama.

—Ya veo que echabais a faltar las payasadas de mi marido —dijo la señora de Claudedeu.

—Haz el favor de no coartar al pobre Nicolás —respondió a la señora el señor Savolta, y dirigiéndose al señor Claudedeu—: Tengo noticias de primera mano. Te vas a petar de risa, con perdón —y a las damas—: Si me dais vuestro permiso, me lo llevo.

Tomó del brazo a su amigo y ambos desaparecieron por la puerta del salón. Las dos señoras aún permanecieron unos instantes en el vestíbulo.

—Dime, ¿cómo se porta la pequeña María Rosa? —preguntó la señora de Claudedeu.

—Oh, se porta bien, pero no parece muy animada —respondió su amiga—. Más bien un poco aturdida por todo este ajeteo, como si dijéramos.

—Es natural, mujer, es natural. Hay que hacerse cargo del contraste.

—Quizá tengas razón, Neus, pero ya va siendo hora

de que cambie de manera de ser. El año que viene termina los estudios y hay que empezar a pensar en su futuro.

—¡Quita, mujer, no seas exagerada! María Rosa no tiene por qué preocuparse. Ni ahora ni nunca. Hija única y con vuestra posición..., va, va. Déjala que sea como quiera. Si ha de cambiar, pues ya cambiará.

—No creas, no me disgusta su carácter: es dulce y tranquila. Un poco sosa, eso sí. Un poco..., ¿cómo te diría?..., un poco monjil, ya me entiendes.

—Y eso te preocupa, ¿verdad? Ay, hija, que ya veo adónde vas a parar.

—A ver, ¿qué quieres decir, eh?

—Tú me ocultas una idea que te da vueltas en la cabeza, no digas que no.

—¿Una idea?

—Rosa, con la mano en el corazón, dime la verdad: estás pensando en casar a tu hija.

—¿Casar a María Rosa? ¡Qué cosas se te ocurren, Neus!

—Y no sólo eso: has elegido al candidato. Anda, dime que no es verdad, atrévete.

La señora de Savolta se ruborizó y ocultó su confusión tras una risita queda y prolongada.

—Huy, Neus, un candidato. No sabes lo que dices. ¡Un candidato! Jesús, María y José...

JUEZ DAVIDSON. ¿Encontró usted trabajo en Barcelona?

MIRANDA. Sí.

J. D. ¿Por qué medios?

M. Llevaba cartas de recomendación.

J. D. ¿Quién se las proporcionó?

M. Amigos de mi difunto padre.

J. D. ¿Quiénes eran los destinatarios de las mismas?

M. Comerciantes, abogados y un médico.

-
- J. D. ¿Uno de los destinatarios de las cartas le contrató?
- M. Sí, así fue.
- J. D. ¿Quién concretamente?
- M. Un abogado. El señor Cortabanyes.
- J. D. ¿Quiere deletrear su nombre?
- M. Ce, o, erre, te, a, be, ene, i griega, e, ese. Cortabanyes.
- J. D. ¿Por qué le contrató ese abogado?
- M. Yo había estudiado dos cursos de leyes en Valladolid. Eso me permitía...
- J. D. ¿Qué tipo de trabajo realizaba para el señor Cortabanyes?
- M. Era su ayudante.
- J. D. Amplíe la definición.
- M. Hacía recados en el Palacio de Justicia y en los juzgados municipales, acompañaba a los clientes a prestar declaración, llevaba documentos a las notarías, realizaba gestiones de poca importancia en la Delegación de Hacienda, ordenaba y ponía al día el archivo de asuntos y buscaba cosas en los libros.
- J. D. ¿Qué cosas buscaba?
- M. Sentencias, citas doctrinales, opiniones de autores especializados sobre temas jurídicos o económicos. A veces, artículos de periódicos y revistas.
- J. D. ¿Los encontraba?
- M. Con frecuencia.
- J. D. ¿Y era retribuido por ello?
- M. Claro.
- J. D. ¿Le retribuían en relación proporcional al trabajo prestado o variaba según los resultados del mismo?
- M. Me daba una mensualidad fija.
- J. D. ¿Sin incentivos?
- M. Una gratificación en Navidad.
- J. D. ¿También fija?
- M. No. Solía variar.
- J. D. ¿En qué sentido?

M. Era más elevada si las cosas habían ido bien aquel año en el despacho.

J. D. ¿Solían ir bien las cosas en el despacho?

M. No.

Cortabanyes jadeaba sin cesar. Era muy gordo; calvo como un peñasco. Tenía bolsas amoratadas bajo los ojos, nariz de garbanzo y un grueso labio inferior, colgante y húmedo que incitaba a humedecer en él el dorso engomado de los sellos. Una papada tersa se unía con los bordes del chaleco; sus manos eran delicadas, como rellenas de algodón, y formaban los dedos tres esferas rosáceas; las uñas eran muy estrechas, siempre lustrosas, enclavadas en el centro de la falange. Cogía la pluma o el lápiz con los cinco dedos, como un niño agarra el chupete. Al hablar producía instantáneas burbujas de saliva. Era holgazán, moroso y chapucero.

El despacho de Cortabanyes estaba en una planta baja, en la calle de Caspe. Constaba de un recibidor, una sala, un gabinete, un trastero y un lavabo. Las restantes habitaciones de la casa las había cedido Cortabanyes al vecino mediante una indemnización. Lo reducido del local le ahorra gastos de limpieza y mobiliario. En el recibidor había unas sillas de terciopelo granate y una mesilla negra, con revistas polvorientas. La sala estaba rodeada por una biblioteca, sólo interrumpida por tres puertas, una cristallera de vidrio emplomado que daba al hueco de la escalera y una ventana de una sola hoja, cubierta por una cortina del mismo terciopelo que las sillas, y que daba a la calle. Al gabinete se llegaba por la puerta horadada en la biblioteca: en él estaba la mesa de trabajo de Cortabanyes, de madera oscura con tallas de yelmos, arcabuces y tizonas, una silla semejante a un trono tras la mesa y dos butacones de piel. El trastero estaba lleno de archivadores

y armarios con puertas de persiana que corrían de arriba abajo y se plegaban por iniciativa propia, con estrépito de trallazo. Tenía el trastero una mesita de madera blanca y una silla de muelles: ahí trabajaba el pasante, Serramadri-les. En la sala-biblioteca, una mesa larga, circundada de sillas tapizadas, servía para las reuniones numerosas, aunque raramente acontecían. Era donde trabajábamos la Doloretas y yo.

Lucía un buen solete y había gente que aprovechaba la tibieza en las terrazas de los cafés. El *boulevard* de las Ramblas estaba vistoso: circulaban banqueros encopetados, militares graves, almidonadas amas que se abrían paso con las capotas charoladas de los cochecillos, floristas chillonas, estudiantes que faltaban a clase y se pegaban, en broma, riendo y metiéndose con la gente, algún tipo indefinible, marinos recién desembarcados. Teresa brincaba y sonreía, pero pronto se puso seria.

—El bullicio me aturde. Sin embargo, creo que no soportaría ver las calles vacías: las ciudades son para las multitudes, ¿no crees?

—Veo que no te gusta la ciudad —le dije.

—La odio. ¿Tú no?

—Al contrario, no sabría vivir en otro sitio. Te acostumarás y te sucederá lo mismo. Es cuestión de buena voluntad y de dejarse llevar sin ofrecer resistencia.

En la Plaza de Cataluña, frente a la Maison Dorée, había una tribuna portátil cubierta por delante por la bandera catalana. Sobre la tribuna disertaba un orador y un grupo numeroso escuchaba en silencio.

—Vámonos a otra parte —dije.

Pero Teresa no quiso.

—Nunca he visto un mitin. Acerquémonos.

—¿Y si hay alboroto? —dije yo.

—No pasará nada —dijo ella.

Nos aproximamos. Apenas si se oían las palabras del orador desde aquella distancia, pero, debido a su ventajosa posición sobre la tribuna, todos podíamos seguir sus gestos vehementes. Algo creí entender sobre la lengua catalana y *la tradició cultural i democràtica* y también sobre *la desídia voluntària i organitzada des del centre o pel centre*, frases fragmentadas y aplausos y tras ellos frases que se diluían en el ronroneo de los comentarios, gritos de *molt bé!* y el inicio deslavazado y arrítmico de *Els segadors*. Por la calle de Fontanella llegaban guardias de a pie, de dos en fondo, portando cada uno su mosquetón; se alinearon en la acera, de espaldas al muro de los edificios, y adoptaron la posición de descanso.

—Esto se pone negro —dije.

—No seas miedoso —dijo Teresa.

Los cantos proseguían y se intercalaban gritos subversivos. Un joven se apartó del ruedo de oyentes, tomó una piedra y la lanzó con furia contra las vidrieras del Círculo Ecuestre. Al hacerlo se le cayó el sombrero.

—*Fora els castellans!* —decían ahora.

Una figura vestida de negro, de barba cana y rostro de ave apareció en una de las ventanas. Extendió los brazos y gritó: *Catalunya!* Pero retrocedió al ver que su presencia provocaba un aluvión de piedras y una salva de pitos.

—¿Quién era? —preguntó Teresa.

—No lo vi bien —dije—. Me parece que Cambó.

Entretanto los guardias del piquete seguían impertérritos, en espera de las órdenes del oficial que sostenía una pistola. Por la Rambla de Cataluña bajaban grupitos a la carrera, enarbolando cachiporras y gritando *¡España Republicana!*, por lo que supuse que serían los «jóvenes bárbaros» de Lerroux. Los separatistas les arrojaron piedras, el oficial de la pistola hizo una seña y sonó un cornetín. Hubo piedras para los guardias, volvió a sonar el

cornetín, se montaron los mosquetones. Los «jóvenes bárbaros» golpeaban a los separatistas, que respondían a las cachiporras con piedras y puños y puntapiés: eran más numerosos, pero contaban con mujeres y ancianos inútiles para la refriega. Cayeron algunos cuerpos al suelo, ensangrentados. Los guardias apuntaban a los contendientes, estoicamente plantados sobre las piernas separadas, aguantando las pedradas ocasionales. Por la calle de Pelayo apareció la caballería. Formaron ante el Salón Cataluña con los sables desenvainados, luego avanzaron en abanico, primero al trote, poco a poco al galope y, por último, a rienda suelta, como un ciclón, por entre las palmeras, saltando por encima de los bancos y los parterres de flores, levantando polvaredas y haciendo vibrar el suelo con los secos pisotones. La gente huía, salvo aquellos que se hallaban enzarzados en la lucha cuerpo a cuerpo. Corrían en las direcciones expeditas: Rambla de Cataluña, Ronda de San Pedro y Puerta del Ángel. El orador se había esfumado y los jóvenes bárbaros desgarraban la bandera catalana. Los jinetes repartieron sablazos con la hoja plana sobre las cabezas de los fugitivos. Los que caían no se levantaban para no ser arrollados: se cubrían con las manos el cráneo y esperaban a que los caballos hubiesen pasado. Los guardias de a pie habían descrito un círculo cerrando la escapatoria por la Puerta del Ángel y disparaban al aire tiros sueltos. Algunas personas, cogidas entre los jinetes y los de a pie, alzaban los brazos en señal de rendición.

Habíamos corrido, al principio, hasta las Ramblas y nos mezclamos con los paseantes. Al poco rato apareció un grupo de policías que llevaba en el centro a tres individuos esposados. Los individuos se dirigían a los transeúntes diciendo:

—Ya ven ustedes, siempre pagamos los mismos.

Los transeúntes se hacían los sordos. Nosotros seguía-

mos corriendo cogidos de la mano. Eran días de irresponsable plenitud, de felicidad imperceptible.

CONTINUACIÓN DEL ARTÍCULO APARECIDO EN EL PERIÓDICO
LA VOZ DE LA JUSTICIA DE BARCELONA EL DÍA 6 DE OCTUBRE
DE 1917, FIRMADO POR DOMINGO PAJARITO SOTO

Documento de prueba anexo n.º 1

*(Se adjunta traducción inglesa del intérprete jurado
Guzmán Hernández de Fenwick)*

... la empresa Savolta, cuyas actividades se han desarrollado de manera colosal e increíble durante los últimos años al amparo y a costa de la sangrienta guerra que asola a Europa, como la mosca engorda y se nutre de la repugnante carroña. Y así es sabido que la ya citada empresa pasó en pocos meses de ser una pequeña industria que abastecía un reducido mercado nacional o local a proveer de sus productos a las naciones en armas, logrando con ello, merced a la extorsión y al abuso de la situación comprometida de estas últimas, beneficios considerables y fabuloso lucro para aquélla a costa de éstas. Todo se sabe, nada escapa con el transcurso de los años a la luz de las conciencias despiertas y sensibles: no se ignora la índole y cariz de los negocios, ni las presiones y abusos a que ha recurrido y que son tales que, de saberse, no podrían por menos de producir escándalo y firme reproche. También son de dominio público los nombres de aquellos que han dedicado y dedican su inteligencia y denodado esfuerzo al ya citado empeño de lucro: son el señor Savolta, su fundador, principal accionista y rector del rumbo de la empresa; el siniestro jefe de personal, ante cuya presencia los obreros se estremecen y cuyo nombre suscita tal indignación y

miedo en todos los hogares proletarios que se le conoce por el sobrenombre de «el Hombre de la Mano de Hierro», y, por último, pero no en menor grado, el escurridizo y pérfido Lepprince, de quien...

Recuerdo aquella tarde fría de noviembre y a Pajarito de Soto tieso en el borde de su silla, perdido al fondo de la mesa de juntas, en la sala-biblioteca, con la gorra de cuadros sobre las rodillas, a punto de pisar la bufanda que había resbalado y se había enroscado sumisamente a sus pies, mientras la Doloretas recogía con prisas su abrigo y sus manguitos y su paraguas de puño de plata falsa incrustada de piedras falsas verdes y rojas, y recuerdo que Serramadriles no paraba de armar ruido en el cuartito con los arquibadores rebeldes y la máquina y la silla de muelles, y que Cortabanyes no salía de su gabinete, cuando habría sido el único que hubiera podido mitigar la violencia del encuentro y tal vez por ello permanecía mudo e invisible, sin duda escuchando tras la puerta y mirando por el ojo de la cerradura, cosas ambas que ahora me parecen poco probables, y recuerdo que Pajarito de Soto cerró los ojos como si el encuentro le hubiera producido el efecto de un foganazo de magnesio disparado por sorpresa y le costara reconocer lo que ya sospechaba, lo que sabía porque yo se lo había insinuado primero y revelado después, que aquel hombre que le sonreía y le escrutaba era Lepprince, siempre tan elegante, tan mesurado, tan fresco de aspecto y tan jovial.

JUEZ DAVIDSON. ¿Conoció usted por razón de su trabajo al señor Lepprince o fueron otras causas las que le pusieron en contacto con él?

MIRANDA. Fue a través de mi trabajo.

J. D. ¿El señor Lepprince era cliente del despacho del señor Cortabanyes?

-
- M. No.
- J. D. Creo ver un contrasentido.
- M. No hay tal.
- J. D. ¿Por qué?
- M. Lepprince no era cliente de Cortabanyes, pero acudió una vez en busca de sus servicios.
- J. D. Yo a esto le llamo ser cliente.
- M. Yo no.
- J. D. ¿Por qué no?
- M. Se considera cliente al que usa de los servicios de un abogado de forma habitual y exclusiva.
- J. D. ¿No era ése el caso del señor Lepprince?
- M. No.
- J. D. Explíquese.

Lepprince abrió un pequeño cofre adherido al estribo del automóvil y extrajo un par de pistolones.

—¿Sabrás manejar un arma?

—¿Será necesario?

—Nunca se puede predecir.

—Pues no sé cómo funcionan.

—Es fácil, ¿ves?, están cargadas, pero no disparan. Esta clavija es el seguro; la levantas y puedes apretar el gatillo. Ahora no lo hago, claro, porque sería una imprudencia, basta que veas cómo se hace dado el caso. Lo mejor, de todos modos, es llevar el seguro puesto para que no se dispare llevándola en el cinto y te baje la bala por la pernera del pantalón, ¿entiendes? Es fácil, ¿ves?, subes el percutor y el tambor gira dejando el cartucho nuevo en la recámara. Entonces sólo tienes que hacer girar el tambor para desalojar la cápsula gastada, si bien es posible que haya que hacer eso antes, o haberlo hecho ya. En cualquier caso, lo esencial es no apretar el gatillo antes de accionar el percutor hacia..., hacia la posición de fuego, ¿ves? Así, como yo

lo hago. Luego no tienes más que disparar, pero con tiento. Y nunca debes hacerlo si no existe peligro real, inequívoco y próximo, ¿lo entiendes?

¡Lepprince!

—La civilización exige al hombre una fe semejante a la que el campesino medieval tenía puesta en la providencia. Hoy hemos de creer que las reglas sociales impuestas tienen un sentido semejante al que tenían para el agricultor las estaciones del año, las nubes y el sol. Esas reivindicaciones obreras me recuerdan a las procesiones rogativas impetrando la lluvia... ¿Cómo dices?... ¿más coñac?... ah, la revolución...

El escurridizo y pérfido Lepprince, de quien poco o nada se sabe, salvo que es un joven francés llegado a España en 1914, al principio de la terrible conflagración que tantas lágrimas y muertes ha causado y sigue causando al país de origen del mencionado y desconocido señor Lepprince, que pronto se dio a conocer en los círculos aristocráticos y financieros de nuestra ciudad, siendo objeto de respeto y admiración en todos ellos, no sólo por su inteligencia y relevante condición social, sino también por su arrogante figura, sus maneras distinguidas y su ostentosa prodigalidad. Pronto este recién llegado, que surgió a la superficie engallado y satisfecho de la vida, que parecía tener en sus arcas todo el dinero de la vecina República y se hospedaba en uno de los mejores hoteles bajo el nombre de Paul-André Lepprince, fue objeto de agasajo que se materializó en sabrosas propuestas por parte de las altas esferas económicas. Jamás sabremos en qué consistieron estas propuestas,

pero lo cierto es que, apenas transcurrido un año de su aparición, lo encontramos desempeñando una labor directiva en la empresa más pujante y renombrada del momento y la ciudad: Savolta...

En el salón una orquesta interpretaba valeses y mazurcas encaramada sobre una tarima forrada de terciopelo. Algunas parejas danzaban en el reducido espacio libre dejado por los corrillos. Había concluido la cena y los invitados aguardaban impacientes la medianoche y la llegada subsiguiente del nuevo año. El joven Lepprince conversaba con una señora de avanzada edad.

—Me han hablado mucho de usted, joven, pero ¿quiere creer que aún no le había visto en persona? Es tremendo, hijo, el aislamiento en que vivimos los viejos... Tremendo.

—No diga eso, señora —respondió el joven Lepprince con una sonrisa—. Diga más bien que ha elegido usted un tranquilo *modus vivendi*.

—Qué va, hijo. Antes, cuando mi pobre marido, que en gloria esté, vivía, era distinto. No parábamos de salir y frecuentar... Pero ahora, ya no puede ser. Me aturden estas reuniones. Me fatigan terriblemente, y apenas anochece, tengo ganas de retirarme y dormir. Los viejos vivimos de los recuerdos, hijo. Las fiestas y la diversión no se han hecho para nosotros.

El joven Lepprince disimuló un bostezo.

—Así que usted es francés, ¿eh? —insistió la señora.

—En efecto. Soy de París.

—Nadie lo diría, oyéndole hablar. Su castellano es perfecto. ¿Dónde lo aprendió?

—Mi madre era española. Siempre me habló en español, de modo que puede decirse que aprendí el español desde la cuna. Incluso antes que el francés.

—Qué bien, ¿verdad? A mí me gustan los extranjeros. Son muy interesantes, cuentan cosas nuevas y distintas de las que oímos cada día. Nosotros siempre estamos hablando de lo mismo. Y es natural, digo yo, ¿eh? Vivimos en el mismo lugar, vemos a la misma gente y leemos los mismos periódicos. Por eso debe de ser que discutimos siempre: por no tener nada de que hablar. En cambio con los extranjeros no hace falta discutir: ellos cuentan sus cosas y nosotros las nuestras. Yo me llevo mejor con los extranjeros que con los de aquí.

—Estoy seguro de que usted se lleva bien con todo el mundo.

—Ca, no lo crea, hijo. Soy muy gruñona. Con los años, el carácter también se deteriora. Todo va de baja. Pero, hablando de extranjeros, dígame una cosa, ¿conoció usted al ingeniero Pearson?

—¿Fred Stark Pearson? No, no le conocía, aunque oí hablar de él con frecuencia.

—Era una gran persona, ¡ya lo creo! Muy amigo de mi difunto esposo, que en gloria esté. Cuando el pobre Juan, mi esposo, ¿sabe?, cuando el pobre Juan falleció, Pearson fue el primero en acudir a mi casa. Figúrese, él, tan importante, que había iluminado toda Barcelona con sus inventos. Pues, sí, fue el primero en acudir y estaba tan emocionado que sólo le salían palabras en inglés. Yo no entiendo el inglés, ¿sabe, hijo?, pero de oírle hablar con aquella voz tan suave y tan honda que tenía, comprendí que me estaba contando lo mucho que apreciaba a mi difunto esposo y eso me hizo llorar más que todos los pésames que recibí después. Apenas unos años después murió el pobre Pearson.

—Sí, lo sé.

JUEZ DAVIDSON. ¿Qué clase de relación tuvo usted con Lep-prince?

MIRANDA. Prestación de servicios.

J. D. ¿Qué clase de servicios?

M. Diversas clases de servicios, siempre acordes con mi profesión.

J. D. ¿Qué profesión?

M. Jurídica.

J. D. Antes dijo usted que no era abogado.

M. Bueno..., trabajaba con un abogado, en asuntos legales.

J. D. ¿Trabajó para Lepprince por delegación de Cortabanyes?

M. Sí..., no.

J. D. ¿Sí o no?

M. Al principio, sí.

He olvidado la fecha exacta de nuestro encuentro. Sé que fue a principios del otoño del 17. Habían finalizado las turbulentas jornadas de agosto: las Juntas habían sido disueltas; los suboficiales, encarcelados y libertados; Saborit, Anguiano, Besteiro y Largo Caballero seguían presos, Lerroux y Macià, en el exilio; las calles, tranquilas. De las paredes colgaban pasquines que la lluvia deshacía. Lepprince hizo su aparición a última hora de la tarde, pidió ver a Cortabanyes, fue introducido al gabinete y ambos conferenciaron una media hora. Luego Cortabanyes me llamó, me presentó a Lepprince y me preguntó si tenía comprometida la noche. Le dije la verdad, que no. Me pidió que acompañara al francés y le prestase mi ayuda, que me convirtiese, por una noche, en «algo así como su secretario particular». Mientras Cortabanyes hablaba, Lepprince había unido las yemas de los dedos y miraba fijamente al suelo, sonriendo y corroborando distraído con leves vaivenes de cabeza las palabras del abogado. Luego salimos a la calle y me condujo a su automóvil, un Fiat modelo *con-*

duite-cabriolet de dos asientos, de carrocería roja, capota negra y metales dorados. Me preguntó si me daba miedo el automóvil y le contesté que no. Fuimos a cenar a un restaurante de lujo donde le conocían. Al salir a la calle, Lep-prince abrió un pequeño cofre adherido al estribo del automóvil y extrajo un par de pistolones.

—¿Sabrás manejar un arma? —me dijo.

—¿Será necesario? —le pregunté.

JUEZ DAVIDSON. ¿Conoció usted, también por aquellas fechas, a Domingo Pajarito de Soto?

MIRANDA. Sí.

J. D. ¿Reconoce como suyos, de Domingo Pajarito de Soto, quiero decir, los artículos depositados ante el Tribunal y que figuran como documentos de prueba número 1?

M. Sí.

J. D. ¿Trató usted personalmente a Domingo Pajarito de Soto?

M. Sí.

J. D. ¿Con asiduidad?

M. Sí.

J. D. ¿Pertenece el citado señor, en su opinión, claro está, al partido anarquista o a una de sus ramificaciones?

M. No.

J. D. ¿Está seguro?

M. Sí.

J. D. ¿Le dijo él explícitamente que no pertenecía?

M. No.

J. D. En tal caso, ¿cómo puede estar tan seguro?

La taberna de Pepín Matacríos estaba en un callejón que desembocaba en la calle de Aviñó. Nunca logré aprender el

nombre del callejón, pero sabría ir a ciegas, si aún existe. Infrecuentemente visitaban la taberna conspiradores y artistas. Las más de las noches, inmigrantes gallegos afincados en Barcelona y uniformados a tono con sus empleos: serenos, cobradores de tranvía, vigilantes nocturnos, guardianes de parques y jardines, bomberos, basureros, ujieres, lacayos, mozos de cuerda, acomodadores de teatro y cinematógrafo, policías, entre otros. Nunca faltaba un acordeonista y, de vez en cuando, una ciega que cantaba coplas estridentes a cuyos versos había suprimido las letras consonantes: e-u e-u-o u-e-a-i-o-o-o. Pepín Matacríos era un hombrecillo enteco y ceniciento, de cuerpo esmirriado y cabeza descomunal en la que no figuraba otro pelo que su espeso bigote de guías retorcidas puntas arriba. Había sido faccioso de una suerte de mafia local que por aquellas épocas se reunía en su taberna y a la que controlaba desde detrás del mostrador.

—Yo no soy abiertamente opuesto a la idea de moral —me dijo Pajarito de Soto mientras dábamos cuenta de la segunda botella—. Y, en este sentido, admito tanto la moral tradicional como las nuevas y revolucionarias ideas que hoy parecen brotar de toda mente pensante. Si lo miras bien, unas y otras tienden a lo mismo: a encauzar y dar sentido al comportamiento del hombre dentro de la sociedad; y tienen entre sí un elemento común, fíjate: la vocación de unanimidad. La nueva moral sustituye a la tradicional, pero ninguna se plantea la posibilidad de convivencia y ambas niegan al individuo la facultad de elegir. Esto, en cierto modo, justifica la famosa repulsa de los autocráticos a los demócratas: «quieren imponer la democracia incluso a los que la rechazan», habrás oído esa frase mil veces, ¿no? Pues bien, con esta paradoja, y al margen de su intención cáustica, descubren una gran verdad, es decir, que las ideas políticas, morales y religiosas son en sí autoritarias, pues toda idea, para existir en el

mundo de la lógica, que debe ser tan selvático y aperreado como el de los seres vivos, debe librar una batalla continua con sus oponentes por la primacía. Éste es el gran dilema: si uno solo de los miembros de la comunidad no acata la idea o no cumple la moral, ésta y aquélla se desintegran, no sirven para nada y, en lugar de fortalecer a cuantos las adoptan, los debilitan y entregan en manos del enemigo.

Y en otra ocasión, paseando casi de madrugada por el puerto:

—Te confesaré que me preocupa más el individuo que la sociedad y lamento más la deshumanización del obrero que sus condiciones de vida.

—No sé qué decirte. ¿No van estrechamente ligadas ambas cosas?

—En modo alguno. El campesino vive en contacto directo con la naturaleza. El obrero industrial ha perdido de vista el sol, las estrellas, las montañas y la vegetación. Aunque sus vidas confluyan en la pobreza material, la indigencia espiritual del segundo es muy superior a la del primero.

—Esto que dices me parece una simpleza. De ser así, no emigrarían a la ciudad como lo están haciendo.

Un día en que le hablaba en términos elogiosos del automóvil meneó la cabeza con pesadumbre.

—Pronto los caballos habrán desaparecido, abatidos por la máquina, y sólo se utilizarán en espectáculos circenses, paradas militares y corridas de toros.

—¿Y eso te preocupa —le pregunté—, la desaparición de los caballos barridos por el progreso?

—A veces pienso que el progreso quita con una mano lo que da con la otra. Hoy son los caballos, mañana seremos nosotros.